

LA REVISTA BLANCA

SOCIOLOGÍA, CIENCIA Y ARTE

AÑO III.—NÚM. 38.

ADMINISTRACION:
SAN OPROPIO, 7.—MADRID

15 de Enero 1900

SUMARIO

SOCIOLOGIA: *El individuo en la sociedad del porvenir*, por Federico Urales.—*La anarquía: Su fin y sus medios*, por Juan Grave.—*Gloria á Tolstói*, por Anselmo Lorenzo.

CIENCIA Y ARTE: *Fisiología*, por el Doctor Fernando Lagrange.—*Ciencias físico-naturales*, por Francisco Salazar.—*Los sepulcros blancos*, drama en tres actos, por Jaime Brossa.

SECCION LIBRE: *Las reformas*, por Carlos Cerrillo Escobar.

TRIBUNA DEL OBRERO: *La criminalidad*, por Francisco Pérez.

SOCIOLOGIA

EL INDIVIDUO EN LA SOCIEDAD DEL PORVENIR

El problema social es el único que preocupa á los pensadores. Los que antes se llamaban filósofos, se llaman hoy sociólogos.

No es extraño, en verdad, que tal suceda. El problema social lleva en su evolución la parte de los demás problemas que no han podido ser resueltos antes de que en las luchas sociales se presentara el factor económico. De éste depende la solución del problema político y del problema religioso.

Dentro de la política el hombre no puede gozar de más libertad de la que goza, y dentro de la religión no puede ser más libre su pensamiento. Sin embargo, estas libertades no satisfacen el espíritu humano. Es preciso buscar en un nuevo sistema social, un estado que permita la práctica de las libertades á que el hombre aspira.

Cuando éste pudo convencerse de que á pesar de las libertades conquistadas quedaba sujeto á un nuevo amo, dióse en buscar el origen de la nueva tiranía, encontrándolo en el poseedor de grandes capitales. El advenedizo tirano del pueblo, efecto de causas tan heterogéneas como la revolución francesa y el desarrollo de la industria, ejerce el dominio del señor feudal por su caciquismo político y el dominio del cura por su caciquismo religioso. En el señor moderno priva la tiranía económica más que las demás tiranías; pero encarna también la política y la religiosa, porque, para poner á buen recaudo sus privilegios, ha tenido necesidad de crear los Estados nacionales y las religiones de Estado. De esta manera, Estado, religión y capital se ayudan y completan. Por eso, una gran fortuna representa una fuerza que obliga á ser católico y conservador al obrero bajo pena de quedar sin trabajo, amenaza gravísima si se tiene en cuenta que el trabajo escasea, que los brazos abundan y que el pobre sólo cuenta con ellos para marchar hacia la tumba. He aquí por qué las revolu-

ciones pasadas no han podido libertar de amos á los pueblos y he aquí por qué, también, la revolución social, emancipando al pobre de la tiranía económica, le emancipará de las demás.

Desde este punto de vista, la revolución futura no es, como algunos pretenden, el predominio de una clase sobre otra, ni otorga la dirección de los Estados á un nuevo factor social, porque el socialismo, sin mezclas de política ni de religión, que es, en el estado actual del radicalismo burgués, el único que tiene razón de ser, quiere acabar con las clases y con los Estados.

- La revolución social debe definirse de la siguiente manera: Es la revolución que hará práctica la libertad en la igualdad; ó en otros términos; que facilitará la autonomía individual estableciendo la igualdad económica.

Esta relación entre la autonomía del individuo y la conveniencia de la comunidad, no pueden presentarla otros ideales que los que entiendan que todo bien individual es bien común, y que todo bien común es bien individual; porque lo que perjudica al individuo perjudica á la comunidad y lo que perjudica á la comunidad perjudica al individuo.

Los que ignoran la existencia de un socialismo que, ante todo, atienda la libertad del hombre, combaten á los socialistas por autoritarios. Hay sabios tan ignorantes en esta materia que, á la par que niegan á la anarquía como escuela socialista, combaten el socialismo por enemigo de la libertad.

Claro está que todas las escuelas individualistas, anarquistas ó no, todos los pensadores que ponen la libertad individual por encima del interés del Estado, han de combatir el marxismo, porque el marxismo, que no busca la libertad en la igualdad y que, por consiguiente, no es la verdadera doctrina que ha planteado el problema social, somete la iniciativa del individuo á la conveniencia de un Estado-Dios; y los ideales que, no solamente mantienen al Estado, sino que lo robustecen con la acción de las colectividades, no son más que una variedad de los ideales políticos, ineficaces para armonizar la libertad con la igualdad, á cuyo fin se dirige la revolución social. Así como en los modernos Estados burgueses el individuo vese tiranizado por la insuficiencia de los medios económicos, ó mejor dicho, por el acaparamiento de la producción, en el Estado socialista el productor estaría sometido, políticamente, al centro de todas las energías, colectivas ó nacionales, á no ser que el Estado socialista se constituyera para negarse así mismo; es decir, para otorgar á los individuos la libertad de hacer lo que más les plugiese, con lo cual, su existencia sería nula y como en los organismos sociales rigen las mismas leyes fisiológicas que en los organismos humanos, esto es, órgano que no funciona se atrofia y desaparece, el Estado socialista, ó sería un tirano, ó el socialismo de Estado desaparecería por falta de objeto.

Pero si los individualistas están en lo cierto cuando combaten el socialismo autoritario por unificador de voluntades y de iniciativas, no lo están cuando combaten, por la misma deficiencia de libertad, al socialismo ácrata, por cuanto este socialismo hace del interés individual el interés común; de la autonomía del individuo la base de la comunidad. En el socialismo autoritario las colectividades, no los individuos, constituyen el Estado y en el socialismo libertario, los individuos, no las colectividades, forman la comunidad. Así como en el socialismo ácrata las comunidades se establecen por un agregado de hombres absolutamente libres, en el socialismo democrata se forman los Estados por un agregado de colectividades libres en absoluto. De manera que en el socialismo autoritario, la colectividad anula al individuo y el Es-

tado á la colectividad, y en el socialismo libertario el individuo queda siempre fuera de toda acción colectiva que no obtenga su sanción libérrima.

Un socialismo pretende que los hombres desarrollen su actividad bajo una inspección directiva, y el otro que la desarrollen obedeciendo sus propios gustos y facultades, contando siempre con la teoría, rigurosamente científica, de que el ser humano es un ser activo por naturaleza, por la necesidad de vivir que siente. De esta manera, como hemos dicho antes, en las comunidades anarquistas no habrá más interés común que el de garantizar la libertad de cada uno.

Compréndese perfectamente que no pudiendo hacerse presión sobre el ánimo de nadie, el hombre ha de ser libre en absoluto y que los intereses que se creen en una comunidad ó colectividad cualquiera, han de ser el resultado de la libertad de los individuos que la constituyan. Por manera que hasta la comunidad será una obra individual.

Muchos creen que el comunismo anárquico, como los demás comunismos, es la vida y el trabajo en común. Las sociedades de individuos que se formen en la sociedad del porvenir, si se forman, tomarán por base el respeto mutuo á la iniciativa de cada uno, y sólo en el caso de que el individuo no pudiera satisfacer sus necesidades por sí solo, lo que no puede negarse en absoluto, se uniría á los demás para la realización de utilidades comunes. El producto del esfuerzo de todos, será de todos; pero cada cual empleará este esfuerzo de la manera más grata á su gusto, respetado en absoluto.

El desarrollo de la maquinaria simplifica en gran manera el establecimiento de la sociedad que los libertarios defienden y da á cada persona los recursos necesarios á su independencia. La escasez de producción podría ser una dificultad para la libertad más que para la existencia del individuo; pero desde el momento que el hombre posee una riqueza enorme de capital productivo, no hay temor de que la escasez de subsistencias sea un estorbo á la realización de nuestras aspiraciones. Por ejemplo, de la falta de calzado ó de vestido podría producirse la necesidad de un organismo que limitara el consumo de cada uno, ya que no hay que confiar mucho, sobre todo en las primeras generaciones que establezcan las comunidades libertarias, en el altruismo de los individuos, altruismo que, por otra parte, cuando ha de manifestarse en perjuicio de uno mismo, cuando ha de dar á los demás aquello de que uno carece, es contrario á la naturaleza humana. Aquel organismo haría imposible la libertad en la igualdad, por cuanto la iniciativa individual sucumbiría ante las necesidades de la vida común, ante la escasez de un artículo cualquiera. La igualdad sería práctica siempre, porque podrían dividirse siempre en partes iguales las subsistencias que escasearan; pero sería una igualdad marxista, reñida con la iniciativa individual, una igualdad que sometería la acción del individuo á la necesidad de todos. Pero sabido es que esta cuestión ni merece ser discutida, por cuanto actualmente y con los medios de producción de que disponemos, la industria produce por un número de hombres cinco veces mayor del que actualmente habita la tierra, y la agricultura por un número tres veces mayor. ¿Qué no produciría la comunidad cuando todo el mundo emplease sus energías en la producción de cosas útiles, cuando el trabajo fuese libre y adecuado á las facultades de los individuos, cuando todas las personas supieran que trabajaban para gozar de los beneficios de sus producciones? La abundancia de productos sería de una cantidad fabulosa.

Además, el mal que Kropotkine combate en su reciente obra *Campos, Fábricas y*

Talleres, la división del trabajo, que pudiera ser también, un obstáculo á la libertad, no se manifestará en las sociedades libertarias. Ahora se divide el trabajo porque la competencia comercial exige que se produzca mucho, barato y en poco tiempo. Un zapatero que haga siempre tacones, construirá más tacones en un día, que en día y medio el zapatero que construya botas enteras, ó lo que es lo mismo, la producción diaria del primero será de más valor que el de los otros operarios que elaboren todo el calzado. La competencia mercantil no tiene entrañas. Obliga á una fábrica á que construya muchas máquinas ó muchos zapatos, y como la división del trabajo facilita la producción, los capitalistas la han adoptado sin otro interés que el del tanto por ciento. De esta manera el artista se convierte en obrero y el obrero en máquina y nadie es capaz de construir algo útil sin el auxilio ajeno. Por lo tanto, el interés de la producción nos haría depender unos de otros. Pero ¿qué interés podrán tener las sociedades futuras en dividir el trabajo, si sus relaciones no se basarán en el robo mutuo, ni harán de la explotación del hombre por el hombre un medio de vida, ni la producción tendrá más exigencias que el consumo? La división del trabajo, que, como hemos dicho antes, es un mal social, un mal burgués, una exigencia del mercado y que fisiológicamente, tanto perjudica á los individuos, porque los desequilibra, obligándoles á desarrollar mucho unos órganos en perjuicio de otros, los que necesitan para construir las partes del todo zapato, del todo máquina ó del todo casa, podría ser también un obstáculo para establecer la libertad en la igualdad, porque este sistema de producción obligaría á los individuos á que por la cosa más insignificante, necesitasen la ayuda de varias voluntades, quedando sujeta también la iniciativa individual á las necesidades de la producción. Pero esta dificultad, que tanto hacen prevalecer los individualistas de todas clases y los adversarios del sistema social que nosotros defendemos, queda reducida á proporciones insignificantes cuando se considera que el hombre, no solamente es apto para construir muchas de las cosas útiles á la vida, sino que necesita construirlas en bien de su vida misma, ya que á la salud del cerebro contribuye la actividad de las piernas y la de los brazos, y á la salud de los brazos y de las piernas, contribuye la actividad del cerebro. Precisa también tener en cuenta que el progreso mecánico pone á disposición del individuo tal suma de fuerzas productivas, que un carácter retraído, amante de la soledad, poco necesitaría de la asociación para satisfacer sus necesidades, y menos cuando las ciencias físico-químicas alcancen el desarrollo á que son susceptibles; y si consideramos que un sér absolutamente individualista, que no busque la compañía, que no necesite de la comunidad ó de la asociación para sus efectos morales ó materiales, es un sér que necesita más del estudio de la patología que de la sociología, podremos fácilmente armonizar aquellas garantías individualistas que nos otorgan los medios de producción, con esta escasez de caracteres en absoluto enemigos de la compañía.

Tenemos, pues, que la libertad, en el socialismo ácrata, está garantizada por la igualdad económica, por las comunidades, todas constituídas bajo la base de la iniciativa individual, por la abundancia de producciones y por los recursos que el progreso pone al alcance del hombre.

El individuo puede ser, pues, absolutamente libre en la sociedad del porvenir.

FEDERICO URALES.

LA ANARQUÍA

SU FIN Y SUS MEDIOS

III

La ignorancia de las masas.

Dificultades de hacerse comprender por la muchedumbre.—Debemos atraerla hacia nosotros y no dejarnos atraer por ella.—Los acontecimientos son independientes de los cálculos.—La influencia individual reducida á proporciones más modestas, pero más verdaderas.—Complicaciones de las influencias y su reciprocidad.—La revolución debe empezar por el individuo.—Necesidad de emanciparse intelectualmente.—La revolución es también una cuestión de emancipación intelectual.—Sólo por medio de la libertad podrá establecerse el ideal anarquista.—Ineficacia de las invocaciones á la revolución.—Ésta debe estar en las ideas antes de pasar á los hechos.—Causas del aborto de las revoluciones pasadas.—Éxito de la del porvenir.—Papel de la propaganda anárquica.

Un gran número de individuos hay que, so pretexto de espíritu práctico, se obstinan en preconizar ciertos medios, ciertas reformas cuya ineficacia reconocen desde luego; pero que, según declaran, es preferible obtener un mejoramiento momentáneo, que permanecer indiferentes sin realizar nada práctico.

«La mayoría de las multitudes—dicen—es ignorante y sorda á las ideas abstractas; prefiere las cosas positivas é inmediatas, preocupándose poco del porvenir. Para hacerse oír de la masa hay que saber hablarle en lenguaje propio y explicarle las cosas al alcance de su inteligencia.»

La muchedumbre es, en efecto, ignorante; ignora que el mal que sufre radica en la organización social, que ella soporta, creyéndola una de las condiciones inevitables de la existencia.

Como no tiene conocimiento de su fuerza, se deja explotar por una minoría de vagos. Acostumbrada á creer en hombres providenciales, la multitud está siempre dispuesta á dejarse guiar y seducir por ellos.

Porque las masas son ignorantes tienen que luchar tanto aquellos caracteres que pretenden emanciparlas de tutela.

Cierto que hay que exponer las cosas en lenguaje llano y claro; pero hablar el lenguaje del pueblo, no implica que sea preciso descartar los problemas serios con el pretexto de que no han de ser comprendidos ni menos castrar el ideal por el hecho de que la mayoría sea incapaz de comprenderlo.

Poner las ideas al alcance de todo el mundo no significa que hayamos de descender al nivel intelectual de la ignorancia ni embrutecerse en sus errores; es necesario ayudarle á desembarazarse de ellos. Sin embargo, aquéllo y no esto es lo que hace la mayoría de los que pretenden organizar y dirigir á la multitud, jactándose de haber hallado un camino práctico para llegar al estado social perfecto.

En los cerebros predomina siempre el romanticismo de la Historia, la cual nos muestra que los acontecimientos se desarrollaron á gusto de los conductores del pueblo.

Por eso aquellos en quienes el pueblo suele ver un Rechileu ó un Danton, hacen mover las muchedumbres con arreglo á sus cálculos y concepciones.

*
* *

Enardecerlas, hacerlas vibrar al calor de sus acentos heroicos, es un papel magnífico; comprendo el embaucamiento cuando el entusiasmo puede más que la razón. ¿Quién de nosotros no habrá soñado en ser uno de esos tribunos que con sólo su palabra brillante subleva á los pueblos, haciéndoles conmover con sus acentos apocalípticos? ¿Quién de nosotros no habrá soñado ser uno de esos atletas hábiles que conducen los acontecimientos y las muchedumbres al asalto del poder impulsando ó deteniendo la ola revolucionaria con sólo su palabra ó influencia adquirida con asombrosa temeridad?

Pero, ¡ay!, algo es preciso rebajar de semejante gloria. Aparte los momentos de efervescencia en que los períodos retumbantes del orador no pasan de chispa que puede comunicar el fuego á la pólvora, en que la sobreexcitación general de los espíritus hace que baste oír el más pequeño pretexto para lanzarse á la lucha, abriendo al mismo tiempo el cerebro á concepciones más grandiosas de las ideas, por osadas que sean; aparte eso, la masa, en período de calma, no acepta como instigadores sino á los que están á su nivel intelectual, ó que saben adular su ignorancia y aliarse á sus prejuicios, sea porque participen de ellos, ó porque crean útil servirse de ellos.

Si la muchedumbre vibra ante las palabras del orador, su emoción no va más allá de la hora en que cesa el discurso. Se le aplaude como se aplaude la buena música. Una vez fuera de la sala, apodérase de los individuos el mismo ambiente social que antes les aprisionaba.

Los acontecimientos son los que arrastran á los hombres, no éstos á aquéllos. Los puede haber más aptos que otros para aprovecharse de un acontecimiento favorable á esta ó aquella causa, lo cual está bien; pero el que quiere torcer los acontecimientos á su capricho, quiere escribir la Historia por adelantado, sin apercibirse de los detalles y sin ver más que á los hombres y á los resultados, atribuyendo éstos á la providencia de aquéllos.

*
* *

¿Quiere esto decir que la influencia del individuo sea nula? No, ciertamente; sería la negación de toda propaganda. Cuanto dice, escribe y hace un hombre referente á otros, influye para modificar los pensamientos y actos de éstos.

Pero esta repercusión puede no ser idéntica al pensamiento del que la ha promovido, porque otros pueden haber hablado, escrito y obrado al mismo tiempo, teniendo igual influencia sobre aquellos que los rodean. Nadie sabe las modificaciones que un pensamiento emitido sufre en el cerebro del que lo recibe, puesto que cada cual percibe las ideas bajo un ángulo diferente.

Tenemos una acción sobre nuestro medio, sobre lo que nos rodea; pero esta acción es lenta, muy lenta, y siempre modificada por otras, y no hay que creer en las combinaciones que puedan venir á transformar de repente el estado social.

Esto podrá parecer pesimista á los impacientes; pero no hay que pagarse de palabras ni de ilusiones; sólo sabiendo mirar las cosas desde su aspecto real podremos darnos cuenta del trabajo que es preciso realizar.

Para que la sociedad anarquista pueda establecerse, precisa que cada individuo, aisladamente considerado, sea apto para gobernarse á sí mismo, y para hacer respetar

su autonomía, respetando la de sus semejantes, y, sobre todo, es necesario que sepa sustraer su voluntad á las influencias ambientales.

Es indudable que este ideal no podrá realizarse mañana, lo cual no ha de ser una dificultad para que su realización sea, cuando menos, el fin positivo de nuestras aspiraciones y de nuestra propaganda, procurando anticiparle lo más posible. ¿No hay que pedir mucho para alcanzar algo, por poco que sea? ¿Incumbe á nosotros reducir buenamente nuestras exigencias, cuando sólo la fuerza de las cosas debe indicarnos lo que es ó no inmediatamente realizable?

* *

La masa es ignorante, conformes; pero para sacarla de su ignorancia, hemos de exponerle nuestro ideal, nuestras concepciones en su completa integridad, sin que para nada nos preocupemos del tiempo: los individuos se asimilarán las ideas que mejor cuadre á su temperamento y conocimientos adquiridos.

Y como quiera que nuestra emancipación está ligada á la de la muchedumbre, sólo elevando las concepciones de ésta conseguiremos emanciparnos.

Si en 1789 la burguesía se halló dispuesta para apoderarse del poder, fué porque durante siglos de opresión, se ejercitaba en el gobierno, en la administración de los bienes y en todos los empleos que abandonaba el feudalismo.

La burguesía había estudiado, ejercitado su cerebro, sus facultades; procurando por su desarrollo intelectual, aprovechándose de todas las ocasiones para conquistar su libertad. El proletariado actual, por el contrario, deja la suya en manos mercenarias, en el poder, que le usurpe hasta los actos más íntimos, esperando siempre alguna ley favorable, y delegando sus poderes, en lugar de procurar ejercerlos por sí mismo.

La burguesía sabía lo que quería y á dónde iba cuando el pueblo vegetaba en la ignorancia, no teniendo más que vagas aspiraciones de mejoramiento. Así, cuando estalló la revolución, el pueblo ignorante creyó en las promesas de los burgueses inteligentes y combatió por llevarlos al poder. Tuvo alguna vez energía para obligarles á marchar por la vía de las reformas; pero no sacó ningún provecho de ellas; dejándose engañar por las ilusiones políticas é imponer un régimen económico, cuyo peso cayó sobre él. En último resultado, no hizo más que cambiar de amo.

Lo que nosotros queremos, no es derribar una clase para encumbrar otra, sino destruir todo poder económico ó político, á fin de que nadie se valga de él con perjuicio de otro.

Y por lo mismo queremos destruir todo engranaje que permita á la minoría explotar á la mayoría.

Pero para que los individuos sepan pasar sin autoridad, para que cada uno sepa ejercer su autonomía sin perjuicio de un tercero, es menester que todos alcancemos un nivel intelectual apropiado á semejante estado de cosas.

Es preciso que nos emancipemos de la levadura autoritaria, la cual hace que consideremos enemigo nuestro á todo el que no piense como nosotros, y que combatamos en lugar de adaptarlo á nuestra propia acción.

* *

La cuestión económica no es una cuestión puramente material, y he ahí por qué es tan difícil de resolver. El que sufre privaciones, el que no tiene la alimentación asegurada, necesita, ante todo, un cambio social que le garantice la satisfacción de sus necesidades. Pero todo se enlaza. Para que esta transformación sea duradera, es nece-

sario también que el cambio que ha de realizarse sea suficiente consciente para poder evitar todo choque con las conveniencias de los demás. Los hambrientos no satisfarán sus necesidades, sino á condición de que puedan igualmente satisfacerse las necesidades artísticas é intelectuales que sienten no pocos individuos.

Limitar la llamada cuestión económica á un simple asunto de vientre y de bienestar material, sería empequeñecer la doctrina y llevarla á una derrota segura; su fin debe ser mucho más amplio, debe abrazar otras aspiraciones.

Nuestro ideal consiste en que el individuo se dilate en todas sus manifestaciones. Queremos demoler por completo el viejo edificio social, á fin de que las cualidades de cada uno se desenvuelvan en toda su amplitud.

Sin que tengamos necesidad de saberlo todo, lo que es materialmente imposible; sin que sea preciso ser grandes genios ni siquiera simples sabios, es menester, sin embargo, guardar nuestro puesto y dejar á cada cual el suyo.

Muy á menudo se compara la revolución á una invasión de bárbaros que vendrían á infundir una sangre nueva en el anémico mundo burgués. Somos, en efecto, unos bárbaros al lado de su lujo inútil, de su cortesanía refinada, artificial, basada en la mentira. Queremos destruir todo lo que constituye trabas á la libre expansión del individuo; pero, lejos de querer hacer secular la civilización, queremos el advenimiento de un ideal más grande y generoso.

Como una sociedad no es cosa que se vuelve lo mismo que un guante, estamos convencidos de que este ideal no puede realizarse de la noche á la mañana. Sabemos que para traducirlo en hechos, precisa que la revolución esté antes preparada por un período evolutivo. Para imprimir nuestro ideal á esta evolución, no queremos empequeñecerlo; queremos, sí, que se desarrolle en toda su integridad.

*
* *

Por otra parte, la sociedad igualitaria que deseamos no puede imponerse; ha de ser el resultado libre de la libre evolución de todos. Es preciso, pues, que los que forman la minoría que debe impulsar á la masa en su evolución, sepan lo que quieren, á fin de que el nuevo orden de cosas pueda establecerse por la sola fuerza de las circunstancias y sin imposiciones.

Siempre que se descubra un obstáculo surgirá una acción nueva para combatirlo. La iniciativa individual debe sustituir gradualmente á los engranajes políticos, sin detenerse ante el temor de llevar á la práctica ideas adquiridas; mejor es procurar la realización de todas aquellas que se puedan.

Cierto que es mucho más fácil hablar á los individuos de su miseria, de su explotación, que no deben soportar.

Pero los individuos no se rebelan por el solo hecho de que se les incite desde la tribuna ó por medio de un cacho de papel. Saben muy bien que son miserables y explotados, sin necesidad de decírselo; tampoco se les convence de que es preciso transformar la sociedad. Tengamos presente, cuando menos, que en el actual estado de cosas, todos sufrimos los males que se derivan de la mala organización social, y todos anhelamos mejorar nuestra situación, tanto los desgraciados como los demás.

Mas el hecho de que el individuo proteste contra la explotación, porque es explotado y porque aspira á explotar, no significa más que un cambio de explotadores.

El que cree legítimo el beneficio que rinde el mercado, creará lícito el monopolio, y no dejará de explotar ni de prolongar el estado actual de cosas.

Para que se opere una verdadera transformación social, en la que no sean posibles la autoridad ni la explotación, hay que cambiar las concepciones de los individuos, y esto no es posible, sino á condición de desarrollarles incesantemente las ideas, tales como nosotros las comprendemos, hasta que se las hayan asimilado los demás.

*
* *

Si las revoluciones pasadas abortaron, debióse á la ignorancia de los trabajadores que no veían más que el presente, dejándose escamotear el porvenir que no habían sabido prever. La revolución económica que se prepara debe tener su día siguiente. Es preciso no dar tiempo á que la sociedad derribada pueda reformarse bajo una etiqueta nueva.

Y para ello, al lado de la propaganda, que ofrece derechos y que invoca la revolución contra todo aquello que nos oprime, es conveniente la propaganda ardiente y continua que nos enseñe cómo somos explotados y cómo debemos sustraernos á la explotación.

Una revolución cuyo objetivo—y esto es lo que hay que temer de una propaganda que se concreta al vientre, excluyendo al cerebro—no fuera otro que el de saquear los productos acumulados para disfrutarlos sobre el montón aquellos que han padecido hambre, correría el peligro de no ir más allá de una borrachera, sin llegar á ser una revolución social, porque cuando los revolucionarios estuviesen hartos se dejarían engañar por los charlatanes y ambiciosos.

No sabemos si la próxima revolución realizará todas nuestras aspiraciones. ¿Quién puede prever lo que nos reserva el porvenir? La revolución será lo que los individuos que la realicen. Es indudable, sin embargo, que mejorará el estado presente.

Para que traiga efectos duraderos, es preciso que tenga aplicación inmediata y que lleve alivio pronto y seguro á los hambrientos; que éstos se apoderen de todo aquello de que carezcan; pero que sepan también organizarse para continuar la producción, suprimiendo los intermediarios parásitos.

*
* *

«Comparación no es lo mismo que razón», dicen; pero algunas veces una comparación define muy bien lo que queremos exponer, y no puedo comparar mejor nuestra propaganda; la evolución y la revolución, tales y como yo las entiendo, que con el trabajo de esos microorganismos, imperceptibles á simple vista, cuya labor individual no podemos apreciar, pero que, en su trabajo de agregación y disgregación, multiplicándose hasta lo infinito, llegan por su constancia á transformar el medio en que evolucionan, poniendo toda la materia en fermentación y transformándola sin contar más que con su actividad.

Tal debe ser nuestra tarea.

Poner á los individuos en condiciones de comprender las causas de su explotación; explicarles por qué no deben soportarla; hacerles conocer las instituciones de donde dimana su malestar; demostrarles que mientras ellas existan no cesarán sus penas.

El trabajo esrá de fermentación hasta que nuestro ejemplo y nuestra iniciativa sean suficiente poderosos para elevarla al grado necesario y capaz de engendrar el nuevo orden de cosas.

(Traducción de M. Ferreira.)

JUAN GRAVE.

¡Gloria á Tolstoï!

El telégrafo nos anuncia la próxima muerte de Tolstoï.

Una gran inteligencia, una poderosa voluntad y una bondad de primer orden están á punto de desvanecerse por la descomposición del organismo que las producía.

Los oprimidos, los desheredados, los pobres, aquellos que, repartidos por todo el mundo trabajan y producen triple cantidad de los alimentos que puede consumir la humanidad entera, y en cambio sucumben á la escasez y á las privaciones, y, quintuplicando la producción de todas las cosas de necesidad, comodidad y lujo, viven en tugurios y andan desarropados; esos infelices á quienes dicen que un Dios quiso salvar, y mueren desesperados, si no alcanzan el menguado consuelo de creer en una vida ilusoria después de la muerte, y á quienes la revolución política quiso acallar entreteniéndolos con la democracia y el parlamentarismo para apartarlos de la revolución social; esos que, sólo en Europa y en los Estados Unidos, donde únicamente existe estadística, pasan de 70 millones, pierden un amigo, un abogado, un defensor ardiente. Su muerte permitirá á los privilegiados levantar la vista libres del temor de que el sabio, el filántropo y el honrado sin mancha les obligue á bajarla con la severidad de sus censuras; su pérdida supone para la humanidad la de uno de sus mejores hijos, cuyo nombre en el catálogo de los ilustres tendrá la consideración debida á los que más valieron.

El nombre de Tolstoï ha llegado á España como la repercusión de un eco; apenas es conocido: sábase que es un gran literato y un «buen hombre» en la acepción que generalmente se da á esa frase, y casi nada más, fuera de lo que hayan podido estudiar unos cuantos intelectuales que parecen aquí, especialmente entre la burguesía, plantas exóticas.

Emilio Castelar, esa eminencia de relumbrón que perdimos hace poco y cuyo nombre dudo mucho que pueda tirar largo tiempo por la pendiente de los siglos, se permitió juzgarle del siguiente modo:

«Sobre la mesa tengo libro recentísimo, en que un burgrave cual Tolstoï se ha juntado con un mujik cual Bondareff allá por Moscou, para socialistear un rato. Y ¿sabéis á donde han llegado? Pues á probar como no existe sino el trabajo manual, y en el trabajo manual el trabajo agrícola. Para demostrar su tesis, Tolstoï, sumo escritor, pero mal jornalero, tiró la pluma y tomó la lezna, estando hoy en vías de tirar la lezna y tomar el azadón. Socialista me vuelva, si algún día prefiero los zapatos de Tolstoï á sus libros. Pues el buen ruso, un místico pesimista, un Schopenhauer ortodoxo de la escuela griega, comunero empedernido, pone á los libros de Bondareff ortografía mejor que á las botas clavos; lo cual no empece para pedirnos á todos que nos vayamos, sin excepción de los escritores, con azadón al campo.»

Para que el lector juzgue por sí mismo, y vea la injusticia del juicio y del insultante estilo empleado por Castelar para juzgarle, juicio y estilo que dió la norma para la clase de fama que los españoles hemos otorgado al gran hombre que perdemos, reproduzco el siguiente escrito, tomado de su libro *¿Que faire?* digno de ser conocido por cuantos se interesan por el bien de la humanidad.

«EL DINERO

Créese generalmente que el dinero representa la riqueza, que ésta es el producto del trabajo, y que, por consecuencia, existe perfecta relación entre trabajo y riqueza.

Esta creencia es del mismo género que aquella otra que supone que toda organización social es resultado de un contrato social. Aparéntase creer que el dinero no es más que un medio de cambiar los productos del trabajo: si yo hago botas, otro amasa y cuece pan y un tercero cría carneros, etc., las monedas nos sirven de intermediario para facilitar las transacciones. En este caso, el dinero da curso á la producción individual y representa el equivalente del trabajo de cada uno.

Eso sería perfectamente exacto si no se cometiese violencia alguna, entendiendo por violencia la protección otorgada por el régimen social, por la legislación y por las costumbres á los productos de un trabajo en detrimento del otro.

En cuanto se ejerce la presión más mínima, bajo cualquier forma que sea, el dinero pierde inmediatamente su carácter de resultado del trabajo para convertirse en instrumento de expoliación.

El botín de guerra obtenido por el soldado no puede compararse al pago del precio ganado por la hechura de un par de botas.

Unas aldeanas hilan y tejen una tela y la venden; unos siervos trabajan para su señor, éste vende el tejido y recibe su precio. Las mujeres y el señor han percibido la misma clase de moneda; pero en el primer caso el dinero representa el trabajo, en el segundo, la violencia, la expoliación, y la iniquidad.

En una sociedad en que existe una fuerza que se apropia el dinero de los otros y que protege esa posesión usurpada, no puede decirse que el dinero sea la representación del trabajo.

El dinero no puede ser el equivalente del trabajo más que en un medio social en que existiesen relaciones mutuas completamente libres.

Hoy, después de siglos enteros de rapiñas que van continuándose en la actualidad, el dinero en sí mismo es una grandísima violencia, y en sus efectos es la excusa, la justificación y el objetivo de toda clase de crímenes.

Decir hoy que el dinero representa el trabajo es caer en un error profundo ó mentir con conocimiento de causa.

En su significación más exacta el dinero es un signo convencional que da el derecho ó la posibilidad de servirse del trabajo de los otros.

En ideal, el dinero no debiera dar ese derecho si no cuando él mismo fuese el equivalente de la actividad empleada por su poseedor, y así sucederá en la sociedad en que no se cometa violencia.

El hombre vende en la mayor parte de los casos los productos de su trabajo pasado, presente y futuro, no porque el dinero le permita facilidades de cambio, sino porque se le exige como una obligación.

Cuando los faraones de Egipto reclamaban el trabajo de sus esclavos, éstos no podían dar más que su actividad presente ó pasada.

Hoy con la aparición y la circulación de la moneda y de su consecuencia el crédito, ha sido posible vender, no sólo el trabajo pasado y presente, sino el futuro.

El dinero, mediante la violencia que ejerce en las relaciones sociales, no representa más que la posibilidad de una nueva forma de esclavitud impersonal que ha reemplazado á la esclavitud personal.

El que no ha producido, ni produce, ni producirá nada, y para vivir en la opulencia no necesita más que cortar cupones de sus títulos de renta, ¿podrá decir que su dinero representa trabajo? Sí; pero ¿cuál? Evidentemente no el trabajo del rentista, sino el del trabajador, cuya vida es una privación continua.

El dinero es, pues, una forma nueva y horrible de la antigua esclavitud.

En la esclavitud antigua, la rudeza de la forma, el hecho de hallarse frente á frente el tirano y la víctima, indignaba, excitaba la sensibilidad de las gentes impresionables y alguna vez exponía al señor á las justas iras del siervo; en la esclavitud moderna se han suavizado las asperezas; el amo y el esclavo no tienen relaciones personales y directas, la culpabilidad y la responsabilidad son impalpables, y aun se ha hallado el modo de cubrir tanta inmundicia con la hipócrita máscara de la igualdad de derechos en la tierra y en el cielo.

La esclavitud moderna, hija de la antigua y perpetuada por el dinero, es la iniquidad perfeccionada.

LEÓN TOLSTOÍ.»

En el trabajo que acaba de leerse se ve el pensador, en la anterior cita de Castellar se adivina al hombre.

Quien tiene un concepto tan justo de la usurpación que se comete con la posesión del dinero, y quien siendo burgrave se une á un mujik para socialistear, no un rato, como con frase chavacana y torpe intención dijo el tribuno difunto, sino que dedica muchos años, la mayor y la mejor parte de su vida á conocer y sentir la cuestión social allí donde el nivel de la miseria es más bajo, prueba que tiene un nobilísimo sentimiento y una gran inteligencia, servida, como digno complemento, por una voluntad firmísima.

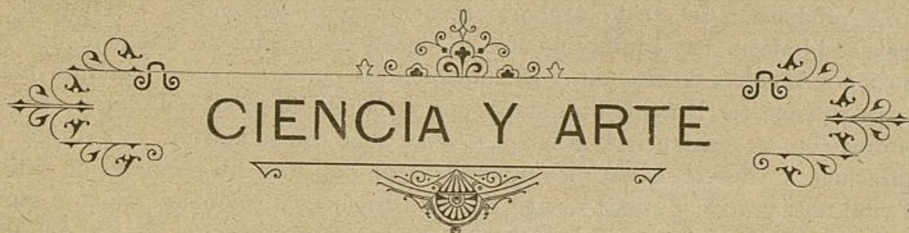
Estudia, piensa, aprende, enseña, predica y ejecuta hasta el sacrificio: ¿qué más se le puede pedir, y quién hay que dé tanto de sí en beneficio de todos? ¡Ah! si hubiese muchos hombres de quienes pudiera decirse otro tanto, la repetición quitaría el mérito, pero la evolución del progreso humano sería infinitamente más rápida. Por desgracia el caso de Tolstói es rarísimo, y nuestro atraso por rutinarios, cobardes y faltos de iniciativa es tan lamentable como lo demuestra el actual fin de siglo.

No falta quien tacha de místico al gran hombre que se extingue, comparándole con aquellos á quienes el catolicismo ha santificado; pero téngase en cuenta que los santos católicos son egoístas que sacrifican la vida terrena por la esperanza de la vida celestial, á semejanza del que se impone privaciones durante la juventud para alcanzar una jubilación ventajosa al término de su vida; pero Tolstói es noble sin mezcla de egoísmo místico, es bueno sin resabios de santo, y se sacrifica por puro amor á la humanidad. Busca la verdad, ansía la justicia en las relaciones humanas, y no contento con tan nobles aspiraciones, que en rigor podría cultivar desde confortable gabinete, como hacen otros filántropos, se despoja de los convencionalismos y de las ventajas de su posición, va al campo, fraterniza con el campesino, le ayuda y le consuela, y desde aquellas tierras malditas en que el frío y el hambre consumen vidas humanas en proporciones terroríficas, levanta su voz y hace temblar á los poderosos, excita á los indiferentes y dignifica á los pobres.

¡Qué lección para esos privilegiados que consumen su vida entre el agio, el vicio y el hastío!

¡Qué vida tan hermosa la de ese aristócrata campesino!
 ¡Sea su memoria honrada por los tiranizados de hoy y los libres del porvenir!

ANSELMO LORENZO.



FISIOLOGÍA

LA SOFOCACIÓN

(CONTINUACIÓN)

Los tres períodos de la sofocación.—Primer período, ó período saludable: respiración *activada*, pero no *insuficiente*.—Segundo período. Síntomas de ligera intoxicación carbónica; tinte plomizo; respiración sofocada; malestar general.—Tercer período, ó período *asfíxico*. Perturbaciones cerebrales; síntomas graves de intoxicación carbónica; vértigos; movimientos inconscientes; síncope; parálisis del corazón.

Hechos observados.—Peligros de la carrera, como ejercicio de sport.—Un asalto de armas demasiado vivo.—Animales que sucumben por sofocación; el caballo que *revienta*.—Muerte de una paloma mensajera.—El desemboscarse en la caza de liebres.

Ya ahora conocemos el influjo del ejercicio muscular sobre los fenómenos químicos de la respiración y sobre sus actos mecánicos; hemos estudiado también los efectos del trabajo sobre la circulación de la sangre y sobre los movimientos del corazón. Hemos reunido así todos los materiales necesarios para establecer la fisiología de ese estado general complejo que se llama sofocación, y podemos trazar sus rasgos principales en un cuadro sumario.

La causa primordial de la sofocación durante el ejercicio es la producción excesiva de ácido carbónico.

Sus causas accesorias son: 1.^a Las perturbaciones llevadas por el ejercicio muscular á los movimientos de la respiración. 2.^a Los desarreglos de la circulación sanguínea y la congestión pulmonar que resulta de ellos.

Hemos visto cómo el ácido carbónico se produce en exceso después de las combustiones que exige el trabajo muscular. Hemos visto cómo todo contribuye á favorecer su acumulación.

Estamos delante de un organismo que lucha contra una causa de desorganización. Nos falta examinar las diversas peripecias de esta lucha, el modo de defenderse ese organismo, las condiciones en que lleva ventaja y las condiciones en que puede sucumbir.

I

Pueden agruparse en tres períodos los síntomas que presenta un hombre cuya respiración sufre la influencia del ejercicio violento.

En el *primer período*, los movimientos respiratorios aumentan en número y amplitud. La producción del ácido carbónico aumenta; pero, habiéndose acrecentado la energía respiratoria, hay equilibrio entre los deseos del organismo, que pide una eliminación más activa de este gas, y las funciones del pulmón, que son bastante intensas para satisfacerle. Durante un tiempo, que varía mucho en los individuos, con su conformación, su resistencia á la fatiga, y sobre todo con su aptitud para dirigir las respiraciones mediante su *educación respiratoria*, no hay más que síntomas de actividad vital muy grande y nunca señales de perturbaciones funcionales; nada de sensación acentuada de malestar. El hombre experimenta una sensación general de calor, algunos latidos en las sienes, presenta una cara animada, roja, ojos brillantes, un aspecto general de bienestar, debido á la mayor actividad de la circulación y á las congestiones activas que de ellas resultan. En una palabra, es el período en que el ejercicio acarrea una intensidad de vida mayor, sin tocar el límite de la enfermedad ó del peligro.

Esta es en realidad la dosis saludable en el ejercicio, el límite en que hay que quedarse para que el trabajo no pueda tener inconveniente alguno. Pero nada hay más vario entre los diferentes individuos que la duración de este período inofensivo, que es, en cierto modo, el preámbulo de la sofocación. Para unos, dura una hora; en otros, algunos segundos bastan para llegar al segundo período, en que la enfermedad empieza.

Si el ejercicio violento se prolonga, el equilibrio se rompe en seguida entre la producción del ácido carbónico, que se hace más y más abundante, y el poder eliminador del pulmón, que disminuye de un momento á otro. El desarreglo respiratorio se produce.

En el *segundo período*, empiezan á manifestarse los efectos de la respiración insuficiente. Se nota un malestar vago, más acentuado en la región precordial que pronto se generaliza á todo el cuerpo y á la cabeza, especialmente. Por parte del pecho, es una sensación de peso que oprime, de hierro que atraviesa, de falta de aire. En la cabeza, son neblinas que oscurecen la vista, estrellas que pasan ante los ojos, después, ruido, zumbido de oídos, en fin, una cierta confusión en las impresiones y en las ideas. Todas estas perturbaciones son debidas á la acción que ejerce sobre los centros nerviosos el exceso de ácido carbónico. Indican un principio de intoxicación.

En la fisonomía, se observan cambios notables, que son consecuencia del trastorno respiratorio y de los esfuerzos hechos para expulsar del pecho una gran parte de aire. Todos los orificios de la cara se abren; las narices se dilatan; la boca y los párpados se tuercen. Todo parece que se abre para favorecer la entrada del aire, que el pulmón reclama con esfuerzo.

En algunos animales, este movimiento del organismo, que se asocia al esfuerzo respiratorio, se marca ante todo en las narices. El caballo que vuelve al paso, después de la carrera, ofrece el tipo de la sofocación, y puede estudiarse en él ese movimiento de vaivén de las ventanas de la nariz, que acompaña á cada movimiento de las costillas.

Los movimientos alternos de elevación y descenso de las narices tienen por objeto abrir un camino mayor al aire encerrado en el pecho. Tiende á producirse en todo el

que es víctima de un deseo exagerado de respirar. Un niño pequeño, atacado de una bronquitis aguda, ó de pneumonía, presenta, cuando se le observa dormido, un movimiento de las ventanas de la nariz muy característico, que basta para indicar al médico una enfermedad de los órganos respiratorios.

El aspecto de un hombre sofocado ofrece al observador modificaciones muy notorias. Después del ejercicio, hemos indicado la animación, la coloración más intensa de la cara, bajo la influencia de la congestión activa. Pero, en el período que describimos, el cuadro ha cambiado. Al color vivo, sucede un tinte pálido y descolorido. Esta palidez tiene su particularidad: no es uniforme. Ciertas partes de la cara, como los labios, los pómulos, tienen una apariencia amoratada; el resto es blanco y descolorido. De la unión de estos dos tintes, uno más acentuado y otro más claro, resulta, como efecto de conjunto, un aspecto grisáceo, plumizo, lívido.

He aquí cómo se explican estos dos aspectos diferentes de ciertas partes de la cara. El tinte violado es debido á la sangre retenida en los vasos capilares, que empieza á perder su salida y no puede ya circular. Esta sangre, cargada de ácido carbónico, ha perdido su color rojo; así, los labios y demás partes de la cara en que por la transparencia se puede ver, no están de color rojo, como en estado normal; presentan el color amoratado, característico de la sangre venosa.

En cuanto á la palidez, es debida á una anemia pasajera, á un vacío, que se produce en los vasos arteriales de pequeño calibre. El corazón, en el cual disminuye la energía á medida que aumenta la sofocación, no les envía ya cantidad suficiente de sangre, y claro está que una parte que recibe menos sangre ha de estar menos coloreada.

El tinte plumizo de la cara del hombre sofocado indica ya una perturbación profunda del organismo. El ejercicio no debe continuarse nunca cuando se produce ese tinte, porque anuncia un principio de asfixia.

En este período de la sofocación, es en el que se observa esa modificación tan característica del ritmo respiratorio, que hemos observado en nosotros mismos y descrito en el capítulo precedente. La respiración pierde su ritmo habitual y sus tiempos se hacen desiguales. La inspiración se hace tres veces más larga que la espiración. Esta modificación del ritmo respiratorio es indicio de un estancamiento de la sangre en los capilares de los pulmones. Desde el momento en que se produce, puede preverse que el organismo, agotadas sus fuerzas, no puede luchar con ventaja contra el agente tóxico que lo invade. El pulmón, congestionado, elimina una cantidad de ácido carbónico, inferior á la que se forma por el trabajo de los músculos. La intoxicación del organismo es inminente.

Si el ejercicio se continúa, la gravedad de los accidentes va creciendo rápidamente. Puede designarse bajo el nombre de *período asfíxico* la tercera fase de la sofocación, en la cual va á entrar el organismo bajo el influjo del ejercicio forzado.

Este *tercer período* presenta el cuadro siguiente. Al trastorno respiratorio, sucede un sentimiento de angustia general en todo el organismo. La cabeza parece comprimida en un círculo de hierro. Bien pronto sobrevienen vértigos. Todas las sensaciones van siendo vagas; invade el cerebro una especie de borrachera. El sujeto empieza á no tener conciencia de lo que le rodea; los músculos siguen funcionando aún por un movimiento maquinal; después acaban por devenir incapaces para todo movimiento y el hombre cae desvanecido.

La respiración no presenta en este momento el tipo del período precedente; sus

dos tiempos son uniformemente cortos; está reprimida, entrecortada por momentos de parada. Se mezcla en ella una especie de movimiento de deglución, de hipo. El corazón se debilita, sus latidos sufren intermitencias. El pulso es pequeño, irregular, imperceptible. Cuando se lleva el ejercicio á estos límites extremos, un síncope grave viene casi siempre á interrumpirlo; y si el hombre no es socorrido, el síncope puede ser mortal.

FERNANDO LAGRANGE.

(Traducción de Ricardo Rubio.)

CIENCIAS FÍSICO-NATURALES

Máquinas de vapor: algunas indicaciones de su historia.—Descripción de las partes principales de que constan.—División de éstas: breve reseña de una locomotora.—Marmita de Papin.

Máquinas de vapor.—Se llaman así unos aparatos que sirven para utilizar la fuerza elástica del vapor de agua como potencia motriz. Todas ellas están fundadas en el movimiento producido por la tensión del vapor sobre un émbolo ó pistón. Es ya antiquísima la idea de aplicar el vapor como fuerza motriz: unos ciento veinte años antes de Jesucristo. Herón de Alejandría describió el aparato conocido con el nombre de *eolípila de reacción*. Consiste en una esfera hueca de metal que puede girar libremente alrededor de dos gorriones, y lleva además dos tubos diametralmente opuestos y acodados en sentido contrario para dar salida al vapor que se desprende. Calientese primero esta esfera para enrarecer su aire interior, y luego se mete en agua fría: el aire se contrae, y entonces penetra el líquido en ella. Si se calienta entonces el aparato hasta la ebullición del agua, el vapor que se desprende por los tubos le imprime un rápido movimiento giratorio, que es debido á la presión del vapor sobre la pared opuesta al orificio de salida.

Los franceses sostienen que el primero que ideó el sistema de aprovechar la fuerza motriz para la navegación fué Denis Papin, que surcó las aguas del Volga en sentido contrario de su corriente, mediante una lancha movida por el vapor. Los ingleses, en cambio, conceden la prioridad de la navegación por el vapor á Fulton. La figura que descuella entre todos es la de Watt, que fué el que inventó la primera máquina de vapor. Distinguiéronse después por sus innovaciones Wolf, y especialmente Humphry Potter, que, siendo adolescente aún, realizó su maravilloso invento de hacer automáticas las máquinas de vapor para dejar que funcionase sola la que él tenía á su cargo, mientras se iba á jugar con otros niños de su misma edad. Por fin, Bessemer, en el último tercio de este siglo, logró obtener una presión enorme empleando calderas de acero dulce. En el año 1843 la presión común en las calderas fijas y marítimas era de una atmósfera; en 1860 ya era de dos, en 1862 subió á tres; en 1877 á cuatro, y en la actualidad es de diez ó más atmósferas.

Las máquinas de vapor pueden ser *simples* ó *de doble efecto*, según que el vapor actúe sobre una cara del pistón ó émbolo, ó sobre las dos caras. Se clasifican también en máquinas de *alta* y *baja presión*, según que la tensión del vapor sea de una ó de más

atmósferas. Por último, las máquinas se llaman *fijas* cuando funcionan sin poder trasladarse; *movibles* cuando pueden trasladarse de un punto á otro, y *locomóviles* cuando se mueven ó progresan por la acción del mismo vapor.

Partes de una máquina de vapor.—En toda máquina deben distinguirse dos partes fundamentales: una relativa á la producción y aplicación del vapor, y el resto del movimiento, que es una combinación de máquinas simples.

1.º *Caldera.*—Dase el nombre de *caldera* ó *generador* al aparato que sirve para la producción del vapor. Representa un corte vertical. Consta de un hogar donde se pone el combustible (leña ó carbón), de dos hervidores cilíndricos llenos de agua y que reciben directamente el fuego, y de la caldera principal que comunica con los hervidores mediante dos tubos verticales. Esta caldera contiene agua hasta poco más de la mitad; en la superficie del agua existe un flotador con pito ó silbato de alarma, que sirve para avisar cuando hay poca agua en la caldera y demasiada tensión de vapor. Para multiplicar la superficie de caldeo y utilizar en lo posible el calor de combustión, el hogar queda dividido en dos compartimientos horizontales que se comunican entre sí, á fin de que la llama tenga más superficie de contacto con el generador. Todo el aparato está rodeado de ladrillo, por cuya pared se abre paso la chimenea, dando salida á los productos de la combustión.

2.º *La bomba alimenticia*, cuyo objeto es hacer llegar el agua á la caldera para reemplazar la que se vaporiza. Es una bomba aspirante impelente que extrae el agua de un pozo ó depósito y funciona á expensas de la misma máquina de vapor.

3.º *La caja de distribución del vapor*, que es el mecanismo que sirve para hacer pasar el vapor alternativamente por encima y debajo del émbolo ó pistón. Este movimiento alternativo se realiza mediante una pieza móvil llamada *corredera* ó *pasador*, que cierra uno de los conductos cuando abre el otro. La *corredera* está fija en un vástago, que recibe de una excéntrica un movimiento alternativo de arriba abajo y de abajo arriba.

4.º *El condensador*, que es un receptáculo con agua fría para condensar el vapor.

5.º *El regulador*, que consiste en un paralelogramo articulado con dos esferas de hierro en dos de sus lados que tienden por su peso á cerrarle, al mismo tiempo que la velocidad de su movimiento giratorio por la tensión del vapor tiende á separar las esferas.

6.º Las *válvulas* y los *manómetros*, que son aparatos de seguridad.

Locomotoras.—Se da este nombre á las máquinas de vapor que, montadas sobre el armazón de un carruaje, pueden progresar á expensas de la tensión del vapor desarrollado en ellas mismas. El émbolo obra sobre un mecanismo que se relaciona con las ruedas, produciendo su movimiento progresivo. El depósito de agua está reemplazado por el *ténder*, que lleva el agua y el combustible.

Las locomotoras son de biela articulada; tienen modificada la forma del generador y carecen de volante. Sus principales piezas son: el *bastidor*, la *caja de fuego*, el *cuerpo cilíndrico de la caldera*, la *caja de humo*, los *cilindros de vapor*, las *ruedas motoras* y la *alimentación*.

El bastidor es un marco de madera de encina sostenido por los ejes de las ruedas, y que sirve de apoyo á todas las partes fundamentales de la máquina.

La caja de fuego es la primera porción de la máquina, en cuya parte inferior se encuentra el hogar, desde el cual la llama y los productos de la combustión van á la *caja de humo*, que está en el extremo delantero, y luego al cañón de la chimenea, des-

pués de haber atravesado 125 tubos de cobre que están completamente sumergidos en el agua de la caldera.

La caldera es de cobre, enlaza con la caja de fuego y con la de humo, y está rodeada de duelas de caoba, que por su escasa conductibilidad se oponen al enfriamiento.

El vapor, al salir de la caldera, pasa á los *dos cilindros* situados uno á cada lado de la caja de humo; allí, mediante la caja de distribución, el vapor actúa alternativamente sobre las dos caras de los émbolos, cuyos vástagos transmiten el movimiento al eje de *las grandes ruedas*. Después de haber actuado el vapor sobre los pistones, se desprende por la chimenea, favoreciendo de este modo el tiro.

La *alimentación* ó renovación del agua en la caldera se logra á beneficio de dos bombas aspirantes impelentes, colocadas debajo del bastidor y movidas por excéntricas. Estas bombas, mediante tubo de comunicación, aspiran el agua de un depósito que hay en el *ténder*.

Marmita de Papin.—Este médico francés fué el primer físico que estudió los efectos del vapor en vasijas tapadas. Su marmita es una vasija cilíndrica de bronce con una tapadera que puede sujetarse fuertemente á expensas de un tornillo de presión. Para cerrar herméticamente el aparato se procura antes de ajustar la tapadera interponer algunas hojas de plomo entre sus bordes y los de la olla. La tapadera lleva un pequeño orificio cubierto con un disco obturador, en el que se apoya una varilla; esta varilla está sujeta contra el disco mediante una palanca móvil por su extremo; un peso que se mueve á lo largo de la palanca permite ejercer sobre la varilla una presión tanto mayor cuanto más inmediato á la extremidad está el peso. De esta manera puede regularse la carga del disco en términos de que cuando la tensión del vapor es excesiva, se alza el disco y da salida al vapor; sólo así puede evitarse que estalle el aparato; por esta razón dicho mecanismo ó aditamento lleva el nombre de *válvula de seguridad*.

FRANCISCO SALAZAR.

PENSAMIENTOS

Con el pretexto de que las mujeres son menos inteligentes que los hombres, les niegan los derechos políticos que éstos pretenden. Si los derechos han de estar en relación con la inteligencia, ¿por qué, pues, los hombres ignorantes y obtusos han de gozar franquicias que no gozan mujeres sabias é instruídas?

Hay una ambición loable: la de aquella inteligencia que jamás está satisfecha de lo que sabe.

El sentimiento y la idea de justicia son pervertibles y transformables como cualquier otro; no existen en nosotros innatos é inmodificables, porque hasta los afectos y los caríños, amorosos ó familiares, resultan del concepto que tenemos formado de las cosas, de nosotros y de nuestros semejantes. Hombres hay, aunque pocos, que sinceramente creen justa la teoría de Malthus; otros, consideran que el ideal de justicia se supedita siempre á las conveniencias personales, y no faltan diversidad de pareceres sobre cosa tan natural como el amor. Sólo los instintos no admiten discusión ni reforma y sólo ellos, pues, son justos. Lo demás, es metafísica; razones capciosas que con el tiempo pueden adquirir, y adquieren, carácter de leyes naturales, innatas é ineludibles.

URALES.

LOS SEPULCROS BLANCOS

DRAMA EN TRES ACTOS

ORIGINAL DE

JAIME BROSSA

TRADUCCIÓN DEL CATALAN

¡Ay de vosotros, que sois como los sepulcros, que no lo parecen, y no lo saben los hombres que andan por encima!

(Evangelio de San Lucas, XI, 44.)

PERSONAJES

Juana Fontanals, 30 años, baronesa de Fontanals, propietaria de la hacienda Fontanals, casada con

Guillermo Labern, 32 años, abogado.

Sofía, 28 años, hermana de Juana.

Mario, 31 años, pintor, primo de los Fontanals.

Padre Ángel, 40 años, de la Compañía de Jesús.

Rafael, 60 años, jardinero.

Petra, criada.

Miguel, cochero.

Ramón, colono.

Epoca actual.

ACTO PRIMERO

La escena representa el espacioso comedor de un antiguo patrimonio, convertido en villa moderna. La habitación es de un tono rosa claro. En las paredes cuadros al óleo. En el centro una mesa dispuesta lujosamente para comer. Dos grandes puertas en el fondo con vidrieras de colores. A cada lado de las mismas una ventana también con vidrieras. La ornamentación de la sala es rica y austera. En los rincones columnas de *fayenza* azul y jarros con plantas tropicales. Sobre la mesa tres ramilletes. En el del medio lirios blancos circundados de rosas. En los otros, dos montones de claveles y de gardenias, resaltando sobre la blancura de la mesa en que luce también el brillo del cristal. Media el día de San Juan. Por la puerta y las ventanas del fondo se divisa una gran arboleda del jardín junto a la casa, y rodeando las copas y los troncos de los árboles, farolillos de colores, que han servido en la fiesta celebrada por la noche. Un sol espléndido cae sobre el jardín, animando y *lujurando* todo el ambiente. La casa está situada a media hora de un pueblo de la costa.

(*Juana Fontanals. Entra con precipitación. Es alta, muy enérgica la expresión y la tez de una blancura mate. Viste riquísimo y holgado traje negro de blonda. El sombrero y la sombrilla completamente blancos. Detrás de ella Petra, que se dispone a recoger dichas prendas de manos de su señora.*)

Juana. (*Hablando consigo misma.*) ¡Qué sofocación!

Petra. Tiene razón, señorita. El aire quema.

Juana. (*Volviéndose súbitamente.*) ¡Ah! ¿Está usted aquí? (*Le da el sombrero y la sombrilla; se sienta en un balancín.*) Y el señor, ¿dónde está?

Petra. En el jardín. Lee una carta que acaban de entregarle.

Juana. ¿A estas horas una carta? *(Corto silencio.)* ¿Qué hora es? *(Consulta su reloj.)*

Petra. *(Desde el dintel de la puerta).* Más de las doce, señorita. *(Se va.)*

(Por la misma puerta por donde ha salido Petra, entra Guillermo, pausadamente. Es un joven alto, delgaducho, que revela una constitución endeble, física y moralmente. Su cara expresa bondad é impotencia; tiene la barba rubia y rizada. Viste chaqué negro. Lleva en una mano un hongo blanco con gasa negra, y en la otra una carta. Su palidez denuncia la impresión que la carta le ha producido.)

Juana. ¿Qué tienes, Guillermo? A ti te pasa algo.

Guillermo. *(Avanza y le da la carta).* Lee esta carta.

Juana. *(Impaciente).* ¿De quién es?

Guillermo. De tu hermana.

Juana. ¿De Sofía?

Guillermo. Sí, de ella.

Juana. *(Lee con vehemencia; Guillermo coloca una silla junto á ella. Se sienta pensativo. Juana acabando de leer queda intranquila y murmura).* ¡Que vergüenza! Es la deshonra de la familia. *(Se levanta frenética y encarándose con Guillermo, dice:)* ¿Le contestarás?

Guillermo. *(Con firmeza).* Debo hacerlo.

Juana. ¿Y qué piensas decirle?

Guillermo. *(Después de un momento de vacilación).* Que venga.

Juana. *(Enérgicamente).* ¡Oh, no! En mi casa no la quiero. No podríamos vivir juntas. Me desesperaría.

Guillermo. ¡Pero Juana!

Juana. No, no puede ser.

Guillermo. Considera que es tu hermana.

Juana. No, ya no lo es. Y por culpa de ella.

Guillermo. Pero escucha, Juana. ¡Tranquilízate un poco! ¡Reflexiona! ¿Has leído bien la carta?

Juana. Sí, es un acto de contrición. ¡Después de haber perjudicado á la familia con su conducta, después de haber dado que hablar á tanta gente, viene á pedirnos perdón!

Guillermo. *(Procurando cobrar energías).* Esto no está bien, Juana. Piensa que está sin recursos, desamparada de todos.

Juana. *(Agitada).* ¡Porque malgastaba todo lo que tenía! *(Se pasea de un extremo á otro del comedor.)*

Guillermo. *(Emocionado y procurando contemporizar).* Pues no podemos abandonarla. *(Con timidez.)* ¡Podría ser víctima de la desesperación, y considera nuestra responsabilidad ante la gente y ante nuestra conciencia, cuando nosotros pudiéramos haber evitado todo el mal sobrevenido!

Juana. Bueno, haz lo que quieras. Mándale dinero; pero no la quiero en casa.

Guillermo. Si no se trata de dinero! Lee la carta y verás que está enferma.

Juana. ¿Enferma?

Guillermo. Sí, enferma. No es dinero lo que pide; lo que desea es que se la deje volver á casa, á la casa de sus padres, donde ha nacido, porque le parece que respirando estos aires ha de volver á recobrar la salud del cuerpo y la del espíritu.

Juana. *(Con desconfianza).* La del cuerpo es posible; pero la del espíritu...

Guillermo. No seas cruel; piensa que tu hermana va desencaminada por sus idealismos, sus entusiasmos y sus extravagancias; pero...

Juana. Pero ¿qué?

Guillermo. En el fondo... es buena.

Juana. Envíala dinero. Colócala en una casa donde la cuiden; recomiéndala a una persona de tu confianza; hazla llevar al campo; pero aquí no la quiero.

Guillermo. ¡Juana, no tienes corazón! ¡Eres inhumana!

Juana. *(Imperativamente).* ¡Guillermo! ¡Déjame que mande en mi casa! Si entra en ella mi hermana, yo me marcho mañana mismo a Barcelona, y cuando esté curada, volveré.

Guillermo. He de dejar que mandes porque estás en tu casa. *(Silencio.)* Procuraremos contemporizar. No te muevas, Juana. Yo iré mañana a Barcelona; procuraré verla y la llevaré el consuelo que necesita.

(Juana se levanta intranquila, toca el timbre y vuelve luego a pasearse de un lado a otro del comedor. Aparece Petra.)

Juana. Vaya a mi cuarto y tráigame un abanico. *(Petra se va. Guillermo permanece pensativo.)*

Guillermo. Juana, ¿lo dejas en mi mano?

Juana. *(Despreciativamente).* Haz lo que quieras; yo haré también lo que me parezca.

(Guillermo queda contemplándola. Entra Petra y da el abanico a Juana. Esta se dirige a la puerta.)

Guillermo. ¿Dónde vas, Juana? ¿Quieres comer? Petra: pregunte si está dispuesta la comida.

Juana. No; no quiero comer; no tengo gana. *(Se va.)*

Guillermo. ¿Te vas con ese sol que abrasa? Cogerás una insolación. *(Se levanta intranquilo para acompañarla. Oyen un campanillazo a la puerta. Guillermo se detiene y murmura entre dientes:)* ¿Quién será? *(Silencio.)*

(Entra el Padre Ángel acompañado de Juana. Es un jesuita alto, de maneras distinguidas, de cara serena y mirada penetrante. Tiene en sus labios un pliegue de expresión irónica y benévola a la vez.)

Padre Ángel. No he querido dejar la población sin subir a saludarles y al mismo tiempo a felicitar a usted, doña Juana.

Juana. Gracias, padre. *(Con ironía.)* Llega a tiempo, porque precisamente mi esposo y yo estábamos discutiendo un punto de teología que nadie mejor que usted puede resolvernos.

Padre Ángel. *(Sonriendo).* ¿Se ocupan ustedes en teología?

Guillermo. *(Con pena).* Padre Ángel, lo que nos preocupaba a entrambos es la eterna cuestión de Sofía.

(Guillermo indica una poltrona al Padre Ángel invitándole a sentarse; Juana vuelve a ocupar el balancín; Guillermo permanece en pie.)

Padre Ángel. ¿Qué pasa? ¿Les ha dado algún nuevo disgusto aquella infeliz? ¡Pobre oveja descarriada! Si en alguna cosa puede servirles y ayudarles este humilde servidor...

Juana. *(Procurando dominarse, aunque la cara y los ademanes le hacen traición).* Escuche, Padre Ángel, y después dirá si tengo razón. Hoy hemos recibido una carta

de Sofía llena de quejas y pidiéndonos que la ayudemos y la permitamos venir á vivir con nosotros. Nos dice que está enferma, y que le parece que volviendo á la casa de sus padres ha de rehacerse. Yo no la quiero junto á mí.

Padre Ángel. ¿Y qué piensa hacer?

Juana. Es muy sencillo: enviarla cuanto necesite, ayudarla, hacer que la cuiden, pero no dejarla entrar en casa.

Guillermo. Pero imagínese, Padre Ángel, qué va á pensar la gente cuando se sepa la situación desesperada de aquella pobre chica, sin recursos, sin nadie que la cuide y yendo á parar á manos mercenarias. ¿Crée usted que eso está bien? ¡Juana, por Dios, ten serenidad!

Juana. *(Con orgullo).* Ya creo haberle contado, Padre Ángel, las aventuras de esa pobre chica que ha deshonrado el inmaculado nombre de mi familia. Usted recordará que las dos estuvimos al cuidado de una tía y de unos tutores. Al llegar ella á su mayor edad y cuando estaba concertándose mi boda, pidió repentinamente lo que la correspondía en la herencia de nuestros padres (ya sabe usted que hicieron partes iguales) y quiso vivir sola, sin esperar á que mi casamiento se realizase, brindándole siquiera un medio honroso de disimular su fiebre de emancipación. Con su entusiasmo por la pintura y con su manía de ser *como un hombre* (así decía ella), montó un taller, en una torre de las afueras de Barcelona. Recibía en él modelos de todas clases y llegó á hacerse la ilusión de que efectivamente *era un hombre*. Hizo varios viajes. Cuando fué á París, acompañada de un cualquiera, me escribió una amiga mía, diciéndome que la había visto con otros pintores *(como horrorizada)*, vestida de hombre. ¡Qué indignación al leer aquella carta! ¡Estaba desesperada! ¡Creí por un momento que mi hermana se había vuelto local *(Guillermo continúa pensativo. El Padre Ángel escucha atentamente.)* Volvió. A consecuencia de su instalación, de sus caprichos y sus viajes, su capital se había ido consumiendo. ¿Y sabe usted lo que maquinó para rehacerse? Jugar á la Bolsa. ¡Imagínese una mujer joven, sin experiencia en los negocios, teniendo que confiar en los amigos falsos, y especulando en cosas que desconocía! Como era natural, perdió lo poco que todavía le quedaba. Por otra parte, sus aventuras no le permitían sacar provecho de su carrera artística, y últimamente, después de vender cuadros á cualquier precio, de deshacerse del taller y de perder todo cuanto tenía, escribe el acto de contrición que tanto ha enternecido á Guillermo.

Padre Ángel. Verdaderamente su hermana de usted, es una mujer extraordinaria por su indisciplina y rebeldía y, si se me permite aconsejar, les diré que yo, en el caso de ustedes, aprovecharía esta ocasión que ella misma les brinda, para atraerla al buen camino, tanto en el sentido de reformar sus costumbres perniciosas, como en el de atraerla al seno de la Iglesia. Supongo que en su pasada vida se habrá olvidado mucho de nuestra Santa Madre.

Juana. Por completo.

Padre Ángel. ¿Qué dice?

Juana. Sí, padre; sí. Mi hermana es una oveja completamente descarriada; puede creerlo.

Padre Ángel. Lo creo. Pero, ¿es posible, señora?

Juana. Se imagina un sér superior; una mujer que no ha de someterse á las leyes vulgares que rigen para todos.

(El Padre Ángel mira á Guillermo para cerciorarse de que en las palabras de Juana no hay exageración.)

Padre Angel. Pero, señora, eso sería condenarse para siempre; un orgullo tan satánico...

Juana. Llámeme cinismo, Padre Angel. Mi hermana cree que para ella, artista, la religión, la moral y el deber no tienen valor absoluto. (*El Padre Angel demuestra sorpresa.*) Para ella Jesucristo, la Virgen María, Dios, no sirven más que como tema de una obra artística. (*Guillermo continúa pensativo.*)

Padre Angel. Pues todavía me afirmo más en el consejo que antes les he dado. Ustedes debían procurar, que por un medio u otro, Sofía cambiase de camino. Usted tiene talento, doña Juana. Créame; no desperdicie esta ocasión.

Juana. (*Con terquedad.*) ¡No puedo, Padre Angel! Los principios en que he sido educada, mis creencias, mi vida ordinaria, sufrirían una espantosa sacudida teniendo al lado mío una fiera como aquélla. ¡No puedo, no puedo, Padre Angel! Y sobre todo, ¿qué fuerza moral tengo yo para convertirla? Porque se trata de una conversión en regla, ¿entiende usted?

Padre Angel. Yo creo, señora, que podríamos dar con un medio de conciliar sus nobles sentimientos, que no tolerarían sin repugnancia ciertos contactos, y sus deberes de cristiana é hija amorosa de la Iglesia.

Juana. Permítame. Comprendo todo el alcance de la misión que usted me propone; pero confieso que me faltan fuerzas para realizarla. Convengo en que se la ayude; en que se le auxilie; dejo que mi marido haga por ella lo que le dicte su conciencia; pero que entre en esta casa es imposible.

Padre Angel. Yo me esfuerzo, señora, en comprender todos sus escrúpulos y creo conseguirlo. La venida de su hermana á esta casa representa para usted un cambio de vida total; pero esto aparentemente, porque en el fondo, lo que se busca es que ella se adapte á la vida de perfecta cristiana que usted lleva.

Juana. ¡Oh, no! ¡Lo que se me impone es un verdadero sacrificio!

Padre Angel. Eso la hará más digna á los ojos del Señor.

Juana. (*Bruscamente y con altivez.*) ¡Y... además, ella ya no tiene aquí derecho ninguno.

Guillermo. ¡Juana, por Dios, no seas cruel!

Padre Angel. Dos palabras, señora, y me retiro. Piense que para lograr la conversión de su infeliz y descarriada hermana, la vuelta á la casa de sus padres puede ser de un efecto moral sorprendente; puede cambiar su manera de ser por completo, tocándole el corazón, y haciendo más por su redención espiritual, que todo aquello que usted ordena; porque sin el amor, todo lo demás parecerá arrancado por caridad y como de misericordia. (*Se levanta.*)

Guillermo. (*Con afabilidad.*) Hoy ya no se marcha, Padre Angel

Padre Angel. Sí, tengo precisión.

Juana. Quédese á comer con nosotros.

Padre Angel. No puede ser; el tren no espera.

Guillermo. Le queda todavía mucho tiempo.

Padre Angel. No.

Juana. Haremos que le lleven al pueblo en nuestro coche.

Guillermo. Sí. (*El Padre Angel vacila.*)

Juana. Sí, ya verá. (*Se levanta y toca el timbre.*)

Padre Angel. Acepto esta nueva muestra de hospitalidad, porque acaso tarde en volver al pueblo.

Juana. ¿Qué dice? (*Aparece Petra.*) Pon otro cubierto en la mesa.

Guillermo. Y di á Miguel que venga. (*Petra se retira.*)

Padre Angel. Nosotros no dependemos de nuestra propia voluntad.

Juana. (*Como hablando consigo misma.*) Entonces, marchándose usted, padre, no veo remedio para...

Padre Angel. ¿Para el caso de su hermana? ¿Y por qué no?

Juana. ¡Oh! Yo contaba con la cooperación y dirección espiritual de usted (*Animándose.*) ¡Ahora todo es imposible!

Padre Angel. Señora, usted tiene un concepto erróneo acerca de su propio valer y de sus fuerzas. Y luego, Guillermo, su esposo...

Juana. Sí; Guillermo valdría mucho si no fuera tan sentimental. (*Aparece Miguel en el dintel de la puerta.*)

Miguel. ¿Qué manda, señor?

Guillermo. Ten el coche á punto para después de la comida; el Padre Angel y yo hemos de bajar al pueblo.

Miguel. Está bien. (*Se va.*)

Juana. ¿Tú también irás al pueblo?

Guillermo. Sí, para marcharme á Barcelona; quiero conocer el verdadero estado de esa pobre chica.

Juana. (*Fríamente.*) ¡Cualquiera creería que se trata de tu hija!

Guillermo. (*Con sequedad.*) Yo no tengo tanta calma como tú para estas cosas. (*Silencio.*)

Juana. (*Después de permanecer un rato pensativa.*) ¿Y si yo le pidiera, Padre Angel, que hiciese todos los esfuerzos posibles para volver de nuevo al pueblo y que usted, principalmente, se encargara de encaminar á mi hermana?

Padre Angel. No la puedo contestar nada concreto. Sólo puedo asegurarle que si vuelvo y Sofia vive con ustedes, haré cuanto me sea posible para ayudarles en su conversión. Mi satisfacción será completa si logramos realizar tan buena obra. (*Vuelve Petra.*)

Petra. Señorita: acaba de llegar el señorito Mario.

Juana. (*Con vivacidad.*) ¡Que entre! ¡Que entre!

(*Guillermo se levanta vivamente y se dirige hacia la puerta para recibir á Mario. Es un joven alto, arrogante y fornido, de gallarda presencia. Viste traje negro, decente y elegante, pero sencillo. Su barba negra, es cuadrada y saliente. La tez ligeramente morena. Habla dejando caer melisfluamente las palabras, como si se escuchase á sí mismo y se trajera estudiada la lección. Lleva un hongo flexible y la corbata de seda negra, atada á estilo antiguo, con las puntas colgando sobre el pecho. Su indumentaria debe delatar su profesión.*)

Guillermo. (*Dando la mano á Mario y abrazándolo casi.*) ¡Quién había de hacerte por aquí!

Mario. ¡Y con el sol que está cayendo!

Juana. (*Tendiéndole la mano.*) ¿Has venido á pie?

Mario. ¡Claro!

Guillermo. De haberlo sabido, habríamos mandado el coche á la estación.

Mario. Ha sido un viaje improvisado. (*Juana y Guillermo se miran.*)

Guillermo. Ven, siéntate. (*Mario avanza hasta llegar frente al Padre Angel.*)

Juana. (*Presentándole.*) Mi primo Mario... el Padre Angel...

(*Se saludan ceremoniosamente. Mario se sienta en un balancín á la derecha, y Juana en*

otro á la izquierda. El Padre Angel ocupa una poltrona entre Juana y la mesa. Guillermo permanece en pie detrás de Mario é interroga con la mirada á su mujer. Silencio.)

Juana. Cuéntanos el motivo de esta visita inesperada. (Mario no se atreve á hablar.) Puedes hablar con entera libertad. El Padre Angel es amigo de la casa. Supongo que vienes comisionado por Sofia.

Mario. Pues si ya lo sabéis todo, no tengo que contaros nada.

Juana. (Con ironía). Sí, ya te esperaba; suponía que aquel ángel de Dios habría de escogerte por abogado y ahora veo que no andaba equivocada; al fin y al cabo, tú tienes tus derechos y no ha de serte indiferente su situación actual, en la que alguna responsabilidad te cabe.

Mario. (Con seriedad). ¿A mí?

Juana. Sí, Mario; sí. No vengas disimulando. ¿Quién sino tú contribuyó á hacerle perder el tino con tus historias, cuentos y extravagancias; con todos tus ideales, como les llamas? Ahora ves el resultado de tus ideales.

Mario. Yo no tengo ninguna culpa, Juana, de que tu hermana haya sido desgraciada.

Juana. Sí la tienes. Tú has contribuido á desencaminarla. No hace muchos años la tenías encantada contándole tus proezas de Academia y tus aventuras de vida de bohemio. Tú la iniciaste en todo aquel farrago inmoral de doctrinas anticristianas, que son el fundamento de tu manera de ser y de pensar.

Mario. Yo tengo la conciencia tranquila, porque no la induje á hacer ningún mal, ningún daño.

Juana. Pero lo es, y grande, el que la hiciste enseñándole cosas que para una mujer son peligrosas siempre.

Mario. (Bromeando). Lo único que yo la enseñé, y de que puedes acusarme, fué á montar en bicicleta, y llegó á hacerlo mejor que muchos hombres.

Guillermo. Pero, Juana, con tus impacencias no dejas contar á Mario lo que sabe acerca del estado de Sofia.

Juana. Pues explícate.

Mario. Ya podéis pensar que si me he decidido á visitaros es porque sucede alguna cosa grave.

Guillermo. ¿Qué pasa? Dinos.

Mario. (Dejando caer poco á poco las palabras para que hagan más efecto). Sofia está muy enferma. Vive sola y abandonada en un cuarto piso de la calle de Poniente. Ayer me mandó un recado pidiéndome que fuese á verla, y me encargó intercediese para que la dejárais venir aquí, donde ella cree que se aliviará.

Juana. (Levantando los brazos y juntando las manos.) ¡Señor! ¡Señor!

Guillermo. ¿Dices que vive sola?

Mario. Hasta ahora ha vivido con una criada que la acompañaba desde su regreso de París; pero también ésta la ha abandonado cansada de no cobrar. Yo la mandé una de las que sirven en casa. Le aconsejé que os escribiera.

Guillermo. Lo ha hecho. Hoy hemos recibido su carta.

Mario. Yo en otras circunstancias la habría instalado en mi casa; pero como no se aviene con mi mujer, no he podido hacerlo. Luego he pensado que lo mejor era buscar una solución rápida, porque en Barcelona todos se preguntan al oído qué se sabe de Sofia Fontanals.

Juana. ¡Dios mío, qué escándalo! (*El Padre Angel observa sucesivamente á los tres interlocutores.*)

Mario. Cuando nos despedimos me dijo que si no podía conseguir la reconciliación con vosotros iría á morir á un hospital.

Guillermo. No, eso no puede ser; es preciso evitarlo, y en seguida. (*Silencio. Dirigiéndose con vehemencia á Mario.*) ¿Qué has pensado tú?

Juana. (*Entredientes y lloriqueando.*) ¿Qué quieres que piense? Lo que piensas tú.

Mario. (*Dirigiéndose á Guillermo en particular.*) Guillermo, esto ha de resolverse. Figúrate la polvareda que se ha levantado en la ciudad. Yo mismo, hombre y todo, me horrorizo pensando en lo sucedido y en lo desamparada que Sofia se encuentra. ¡Pobre chical!

Juana. ¡Sí, puedes decir pobre chical! ¡Si tuvieras una conciencia cristiana habrías de sentir remordimientos!

Mario. ¡Vuelta! Tú quieres irritarme, Juana. Ya sabes quién es el principal responsable de la desgracia de Sofia.

Juana. (*Con altivez.*) ¿Quién?

Mario. Tú.

Juana. (*Con indignación.*) ¡Cómo!

Mario. (*Bajando la voz y procurando dominarse.*) A causa de tu carácter. (*Guillermo y el Padre Angel le miran con estupefacción por su osadía.*)

Juana. Veo que quieres irritarme hiriendo mi amor propio; pero te perdono.

Mario. (*Con cariñosa ironía.*) Dispensa, querida Juana, si te molesto; pero las verdades molestan siempre.

Juana. No, no. Tú, Mario, que nos conoces desde que nacimos, que has tenido entrada franca en nuestra casa, que has asistido al desarrollo de nuestros dos caracteres, ¿cómo te atreves á hacerme responsable de la mala cabeza de Sofia?

Mario. Es una historia tan larga, Juana, que renuncio á contarla. Me falta memoria para puntualizar todos los hechos significativos que pondrían en evidencia la separación profunda, mejor dicho, la guerra de caracteres entre tú y Sofia, guerra que ha hecho de ti la vencedora y de ella la vencida.

Juana. Pero todo esto te lo inventas tú. ¿Crees que en su perdición, como antes te decía, no cuenta para nada tu influencia?

Mario. (*Secamente.*) No.

Juana. ¡Cómo ves la vida, Mario!

Mario. Mejor que tú.

Juana. Y siendo así, ¿no ves la influencia perniciosa que has ejercido en ella durante su adolescencia y juventud?

Mario. (*Con calma.*) Yo veo únicamente un sér descarriado, como hay muchos en el mundo, no á causa de sus propios actos, sino por las circunstancias en que éstos se han producido, circunstancias que son las mismas en que otros han encontrado su fortuna.

Guillermo. (*Con timidez.*) Pero suponiendo que tengas razón en tu manera de apreciar estas circunstancias, no me negarás que sin el entusiasmo artificial producido por tus enseñanzas, ella nunca se hubiera creído una artista. Y este fué el error capital de su vida.

Mario. Con esto no transijo. Precisamente en ello está la desgracia más grande

que á Sofía haya podido sobrevenirle. Sofía es artista; una artista verdadera; pero ninguno ha sabido comprenderla, y menos los que la han rodeado siempre. (*Silencio.*) Por mi parte no deploro las inofensivas puerilidades de vivir como un hombre y de creer que por su sola voluntad podía saltar la valla que fatalmente le había impuesto el sexo. A mí esto no me importa; por el contrario, me hace mucha gracia y lo encuentro interesante desde muchos puntos de vista. Lo que es importante, es que siendo una vencida, tiene un alma más grande que todos aquellos que delante de ella se creen y se consideran vencedores.

Juana. (*Con ironía.*) Abogas bien por ella.

Mario. (*Acercándosele.*) No hago como tú que lloras y te desesperas; pero tus lágrimas no son de duelo por la desgracia de Sofía, sino de vergüenza por el *qué dirán*.

Guillermo. (*Con timidez.*) Mario... eres imprudente y cínico.

Petra. (*Dice desde el dintel de la puerta.*) Señorita: la comida está á punto.

Juana. Está bien. Pon un cubierto para el señorito Mario.

Mario. (*Levantándose.*) No; yo me voy.

Guillermo. Quédate, hombre; acompáñanos.

Mario. No; comeré en la ciudad. (*Recalcando las palabras.*) He prometido ver á Sofía y darla hoy mismo una contestación definitiva. Estoy inquieto y ella debe estarlo también. ¿Qué queréis que le diga?

Guillermo. Hombre, come con nosotros. Después de comer yo te acompañaré á Barcelona. Vendrá también el Padre Angel. Entretanto procuraremos encontrar una solución, y el Padre nos dará su consejo. (*Silencio.*) Porque para hacer algo de provecho, hemos de contar con la cooperación del Padre Angel.

Mario. (*Frunciendo el entrecejo y dirigiéndose confidencialmente á Guillermo.*) Pero... ¿queréis convertirla?

Juana. (*Con altivez.*) Es indispensable.

Mario. (*Á Guillermo.*) ¿Una conversión en regla? ¿De veras?

Guillermo. (*En voz baja.*) Mi mujer está empeñada en hacerlo.

(*Los demás se levantan y van á sentarse á la mesa. Silencio. Juana señala al Padre Angel la cabecera, y dice con amabilidad:*)

Juana. Haga el obsequio, Padre; usted aquí.

(*Entra Petra repentinamente y habla con Juana, casi al oído.*)

Juana. (*Nerviosamente.*) ¡Dios mío! ¡Dios mío!

Guillermo. ¿Qué pasa?

Juana. (*Emocionada.*) Sofía está aquí. (*Se miran todos con estupefacción.*)

Guillermo. (*Á Mario.*) ¿Lo sabías?

Mario. ¿Yo? No.

Juana. Ha venido contigo.

Mario. Os juro que no.

Padre Angel. Salga usted á recibirla, señor Mario. Evite una escena.

(*Mario se dirige á la puerta. Juana se sienta en el balancín de la izquierda, que antes ocupaba, y ocultándose el rostro con su pañuelo, llora amargamente; Guillermo permanece en pie frente á la puerta; lo mismo hace el Padre Angel. Cuando Mario llega al dintel de la puerta vidriera, aparece Sofía apoyada en el brazo de Rafael el jardinero. Este se quita la barretina y dice temblando:*)

Rafael. La he encontrado sentada en el margen, junto al canal de la quinta-na... y os la traigo.

(*Sofía, vestida de negro, con sencillez, lleva un sombrero de paja, de hombre, á estilo inglés, con un velo blanco muy espeso que le oculta el rostro. Cubre sus espaldas un pañuelo con capucha. Se apoya en una sombrilla roja. Al entrar se detiene para alzarse el velo, dejando ver su cara pálida y demacrada. Tiene los cabellos rubios, casi desgreñados. Mario la acompaña hasta el balancín de la derecha; viendo la perplejidad de todos, aumenta la emoción de Sofía. Juana continúa llorando. Ayudada Sofía por Mario y por Rafael se sienta en la mecedora, se quita el sombrero y el velo y los deja encima de una silla. Falta de fuerzas, se desmaya. Entonces sale Guillermo de su inmovilidad, la coge una mano, y pulsándola, con voz conmovida, dice:*)

Guillermo. ¡Se ha desmayado!

TELÓN RÁPIDO

SECCIÓN LIBRE

LAS REFORMAS

(FRAGMENTO DE UN LIBRO INÉDITO ASÍ TITULADO)

Se dice que todo genio es reformador, y debiera decirse que no hay reforma sin genio.

¿Qué es el genio? Es la fuerza creadora que imprime nuevos derroteros á la actividad de las grandes colectividades sociales; que transforma la vida porque cambia el gusto, las creencias, el sentido, las aspiraciones y las ideas del espíritu social y le da nuevas orientaciones, le abre nuevos horizontes, produce nuevos modelos, presenta la realidad bajo nuevos aspectos, agrandando así la obra inmensa realizada por la humanidad en su tránsito por la tierra.

Se da el genio en dos esferas bien distintas y sistemáticamente enlazadas, en las cuales preséntase con idéntico carácter de fuerza de transformación y de protesta: el genio es difuso: común á la colectividad y concreto: peculiar del individuo.

El lenguaje vulgar mismo confirma la realidad de esta división cuando decimos: el genio del cristianismo, del renacimiento, del pueblo romano y que Fídias y Cervantes fueron genios.

Ya hemos dicho (1) que cada individuo lleva en su íntimo sér el gérmen de transformación social, dispuesto á desenvolverse al primer desagradable contacto que tenga con lo presente.

Si consideramos un momento cualquiera de la historia de una nación (y de una persona social mucho menos compleja y comprensiva), hallaremos al espíritu de in-

(1) Capítulo 1.º

novación batiendo, con mayor ó menor extensión y descaro, ideas, usos, leyes y aficiones que gozan de amplia aceptación y de la honorabilidad que su afeijamiento les presta. Y de tal modo es esto, que no existe idea, tendencia ni hábito, por inveterados que sean, que no tengan enfrente una minoría, más ó menos tibia y con doctrina mejor ó peor definida, que la combata. Pues bien; en este «espíritu de disonancia, propio de las minorías, y que constituye como el fermento que, en relación con el estado de las mayorías, determina más ó menos rápidamente el cambio de dirección de aquellas tendencias y hábitos» (1), consiste el genio considerado bajo el primero de los dos aspectos.

Pero este espíritu de disonancia va manifestándose en la historia de un modo más concreto y definido cada vez: constituyendo opiniones aisladas poco ó mucho atendidas, primero; inclinaciones preferentes y casi profusión especial de la vida de algunos individuos, luego y, por último, vocaciones irresistibles é inspiraciones gigantes que se encarnan en creaciones divinas avasalladoras; y forman los hombres en quienes el genio va por tal gradación singularizándose, como una escala ascendente que abarca desde la mera tendencia al mayor desdoblamiento *realmente posible* de la reforma aspirada, último punto desde el cual comienza la debilitación del genio, que empieza ya á ser instituido por los talentos de conservación (imitación y copia), por el espíritu de escuela, por el apego al modelo clásico, por el culto sistemático á la tradición, consagrado por el voto favorable de la mayoría.

Desde que comienza á cristalizar el espíritu de disonancia (condensado en ideas y obras reformadoras) en los precursores del que ha de llevar la idealidad que integra á su más perfecta realización posible, va el genio diferenciándose en el segundo de sus aspectos mencionados: el individual.

De aquí que no hay innovador que no haya tenido su precursor en la serie de que forma parte, cuyo punto inicial va á perderse en el acervo común de vagas aspiraciones, tendencias veleidosas, deseos sin bien definido objeto é ideas oscuras y fugaces del espíritu social, considerado en sus más rudimentarias, indeterminadas y caóticas manifestaciones.

Cuando los pintores italianos, dando sus primeros pasos hacia la reviviscencia del paganismo, característica del renacimiento, comienzan á rendir culto á la verdad de la forma del cuerpo humano, se insinúan tímidamente en esta inicial etapa de aquella evolución del genio, y poco á poco, desgajándose de las preocupaciones medievales, enriquecidos con el conocimiento de las leyes de la perspectiva, la aplicación del aceite de linaza, el estudio de la anatomía y del modelo natural, el dominio del claro-oscuro que les permite representar los altos y bajos del dintorno y destacar del fondo la figura, dan rienda suelta al instinto plástico y logran, tras tentativas más ó menos frustradas, llegar, con Rafael, Miguel Angel y Leonardo, al mayor logro posible de sus aspiraciones, á la coronación del continuado y progresivo esfuerzo realizado durante muchas décadas por la cadena de precursores de aquellos *tres grandes genios*, sus discípulos, que «no hicieron otra cosa, dice Taine, que desarrollar el principio que los informaba» (2), llevar á su último término realizable la ansiada encarnación del ideal acariciado, realizar la mayor suma posible de la reforma perseguida por el genio del renacimiento italiano en la órbita del arte pictórico.

(1) Giner (F.)

(2) *El ideal en el arte.*

Y desde tan elevado culmen, aquel aspecto de la vida del arte que es, á la par condensación de una evolución del genio, la pintura italiana comienza á descender suavemente, «se debilita poco á poco, se le ve aminorar, perder una porción de su sinceridad y de su seriedad, bajo Julio Romano, el Rosso, el Primático», degenerar después en convención de escuela, en tradición de academia, en receta de taller.

Y esta mutación de la pintura italiana tiene su paralelo en las demás artes, en todas las órbitas de la humana actividad y en todas las esferas de la persona social.

CARLOS CERRILLO ESCOBAR.

Andújar.

TRIBUNA DEL OBRERO

LA CRIMINALIDAD

En el sentido absoluto de la palabra no existe; es decir, no nace con el individuo; se forma en el ambiente social que se respira y se manifiesta por esos mismos defectos sociales. Más que producto de un cerebro enfermo, es producto de las deficiencias y rutinarios de la actual sociedad.

La criminalidad es el producto de la mala educación que se recibe, del podrido régimen que impera; á que las inteligencias, en suma, se desarrollan en una sociedad egoísta, que su principal base es la astucia y la fuerza.

¡Creo que es un insulto á la especie racional asimilar al hombre los instintos sanguinarios de la fiera! El hombre no es malo por naturaleza.

Hay cerebros degenerados, claro está; pero eso será un efecto, no una causa. ¿Qué niño al nacer es bueno ó malo, sabio ó ignorante, fanático ó ateo? Todas estas cualidades, ¿no se desarrollan con la edad y siempre en armonía con la educación recibida, con el género de vida, con las circunstancias y accidentes que le han rodeado? Vedlo si no en la constante práctica de la vida. Basta con observar lo que sucede en el seno de la familia.

Si los padres del niño son católicos, por ejemplo, crece y se desarrolla viendo practicar continuamente los dogmas y ceremonias de la Iglesia; le enseñan á rezar y á confesarse, le obligan á oír misa, le hablan del cielo y el infierno, le hacen creer que todo esto es muy santo, muy bueno y muy noble.

Las paredes de su habitación están adornadas con cuadros que representan este ó aquel santo; sus libros le hablan de milagros y apariciones. ¿Qué extraño, pues, que con estas continuas prácticas (que sus padres se esfuerzan en hacerle creer, torciendo su voluntad) sea católico como ellos?

Por el contrario, si ese mismo niño se educa en las ideas libres del siglo, estudiará la Naturaleza, conocerá el derecho del hombre, se dará cuenta de la injusticia social, de lo absurdo del fanatismo, y en vez de conocer á San Juan ó San Pedro, por ejemplo, conocerá á Galileo, á Voltaire, á Victor Hugo; en vez de conocer la misteriosa manzana, conocerá la ciencia de Darwin; en vez de admirar la vara mágica de Moisés, admirará los aparatos de Edison; no creará en los milagros de la Biblia; pero conocerá los resultados de la ciencia y las maravillas del arte; y he aquí que este niño que indudablemente hubiera sido un fanático, tal vez un moderno inquisidor, puede ser un libertario, efecto de las diferentes causas que han rodeado su vida.

Y lo mismo que sucede en el seno de la familia, sucede respectivamente en el

seno de la sociedad, y lo mismo que sucede con las creencias religiosas, sucede en las ideas políticas, económicas y sociales.

Si los padres del niño son ricos, pronto se acostumbra en sus criados á despreciar al pobre, á considerarse superior á ellos, en tanto que éstos se acostumbran á odiar al rico, todo efecto de la base social, de la desigualdad. No me parece, pues, lógico buscar la causa de estos efectos en el cerebro, cuando deben buscarse en la sociedad.

El hombre puede ser mas ó menos inteligente; podrá tener más ó menos aptitudes para dedicarse á una profesión ó carrera determinada; pero de esto á que el hombre pueda ser un estúpido ó pueda degenerarse hasta llegar al crimen, hay una distancia inmensa.

El gañán más rudo, con otro género de vida y otra educación, tal vez hubiera sido un gran artista y viceversa, como el antropófago se horrorizaría al saber que había hombres que se comían á sus semejantes por satisfacción, si al nacer se le hubiera educado en un país culto.

El hombre nace, se desarrolla y muere viendo constantemente á su alrededor egoísmo, mentira y miseria; ve que el más respetado es el que posee más cantidad de oro, no el que tiene más dosis de inteligencia y más honradez; el más hipócrita, el más encumbrado; el más productor, el que tiene más hambre. Desde que nace casi empieza á sentir la influencia de la fuerza con los azotes de la madre, más tarde con los palmetazos del maestro, luego con las bofetadas de los jefes.

Pierde la iniciativa acostumbrándose á ser *propiedad* de sus padres, que generalmente le obligan á practicar lo que sus aptitudes y su voluntad rechazan hasta el extremo que, si es *buen hijo*, toma por compañera á una mujer que no aprecia, sólo porque sus padres se la han señalado; y es natural que esto suceda, puesto que se le hace creer que es un deber la obediencia ciega á los padres, que no siempre merecen este nombre; la obediencia ciega á los maestros, que no siempre son virtuosos; la obediencia ciega á los jefes, que le abofetean desde que viste el *honroso uniforme*; la obediencia ciega á las leyes, que no ha escrito ni tal vez conoce; á la propiedad, etc.

Sabe que la fuerza y el oro lo sancionan todo. Pues bien; su instinto de conservación le induce á ser rico por cualquier medio, sabiendo que con sólo esto tiene asegurada la subsistencia y tiene derecho á todos los gozes y á todas las satisfacciones.

No es, pues, extraño que haya muchos malos; lo extraño es que no haya muchos más, atendido al podrido régimen que impera, y esto sólo da una idea de las bellas cualidades humanas.

Si el hombre al nacer tuviera asegurada su subsistencia hasta su muerte; si gozara con entera libertad de los beneficios que la Naturaleza prodiga para todos; si pudiera sin trabas de ningún género, gozar, trabajar, cultivar su inteligencia, y nada tuviera que desear, nada que envidiar; si viera á su alrededor abnegación y amor en vez de egoísmo y ambición, ¿sería malo? No. El hombre no está á más bajo nivel que la fiera, y ésta no haría daño no teniendo hambre y no molestándola.

Entretanto formad leyes, inventad castigos, llenad presidios, levantad patibulos, jurisconsultos, ministros, potentados. Mientras disfrutéis el monopolio de todo, mientras queráis ser señores de los que consideráis esclavos, no adelantaréis ni un paso; sois vosotros los que *consciente ó inconscientemente* empujáis al crimen, al robo y á la violencia. A la clase adinerada, por su ambición, á la otra, por su miseria. ¡Y queréis suprimir el robo y el crimen con el presidio y el patíbulo! ¡Y queréis concluir con la violencia usando la violencia!

Si el castigo fuera justo, ¿qué código se necesitaría para vosotros!

Es muy cómodo castigar y lanzar al rostro la palabra ¡criminal! rodeado de comodidades, con la panza bien rellena y sin sentir ninguna necesidad.

¿Y qué habéis adelantado en tantos siglos que estáis ahorcando y mutilando? ¿Habéis amenguado los crímenes con tantos millares de hombres como habéis ahorcado?

¿Se borran los delitos almacenando hombres como si fueran mercancías, hacién-

dolos idiotas por el sufrimiento, quitándoles la iniciativa, la individualidad y la voluntad?

¿Se repara el daño embruteciendo al hombre, convirtiéndolo en una cosa? ¿Se educa al pueblo cometiendo á su vista asesinatos jurídicos, espectáculos repugnantes como el patíbulo? ¡Ah!... obligáis á matar y castigáis el crimen.

La maldad se debe á la sociedad, á los que castigan, á la misma ley que cohibe. El hombre no es malo por naturaleza, es malo por necesidad ó desesperación; por necesidad, porque carece de lo que sobra; por desesperación, porque ponen trabas á su pensamiento y cohiben su voluntad.

El hombre es un sér racional, no una fiera; creer lo contrario, es insultar atrocemente á la Humanidad; es ponerla en contacto con el bruto, y nos hemos elevado lo suficiente para que medie ya una distancia inmensa.

¡Cerebros degenerados! Claro que se han de degenerar con tan rudos embates contra la Naturaleza. ¡Protuberancias del cráneo!... ¡Escollos de la sociedad debieran llamarse!

Que los presidios son necesarios. Sí, para que el crimen se perpetúe y seguir vosotros ocupando el puesto de vengadores.

Que el castigo es una represión contra los delitos. Mentira. Donde menos abundan los delitos es precisamente en los países donde menos se castigan. El castigo exacerba, la dulzura calma, y es un hecho natural; sería un estúpido el hombre que se calmara con un castigo y se exacerbara con la dulzura. Obrar en contrario, como hoy se hace, es obrar contra la Naturaleza y ha de dar resultados contraproducentes.

Que los presidios son casas de corrección, casas de corrección donde se convierte al hombre en un animal estúpido, donde se le alimenta poco más ó menos que á un cerdo, donde ha de sufrir resignado puntapiés, palos y bofetadas.

Pocos hay que se arrepientan del delito; en cambio todos se arrepienten de no haberlo hecho en otra forma que no les hubiera alcanzado la venganza de las leyes. ¿Por qué esto? ¿Por mal instinto? No. Porque nadie le habla del delito y todos se esfuerzan en hacerle sentir los rigores del castigo.

El 25 por 100, por lo menos, de los que purgan delitos han reincidido después de salir de las *casas de corrección*, y aun algunos sin salir de ellas, lo que prueba lo bien que merecen este nombre.

Si no fuera tan serio y no trajera tan funestas consecuencias, causaría risa el modo de ser de la actual sociedad... mogigata. ¡Con qué melindres arroja de su *seno amoroso* al que venga un agravio, vengándose así del vengador; de modo que es una cosa sagrada para ella lo que en otro es un crimen!

¿Y qué diremos de los que ahorca, *después de discutir su muerte meses y á veces años*, por haber obrado con premeditación?

¿Y la alevosía? ¡Horror! Eso es el *summun* de la criminalidad y la cobardía, y hay que castigarlo.

Y... en efecto, se maniatada al reo y rodeado de bayonetas se le mata, indefenso y ciento contra uno.

La vida del hombre es sagrada, dicen, nadie tiene derecho á atentar contra la vida de otro, y cumplen con esta ley natural armando á tres millones de hombres y enseñándoles á matar.

Si... sociedad corrupta ó loca... lanza una mirada de desprecio al amoratado rostro del ahorcado, llámale criminal con toda la indignación de tu alma... pero, apártate, compón tu rostro con una sonrisa benévola y descúbrete: van á pasar el juez y el verdugo.

FRANCISCO PÉREZ.

Melilla y Julio, 99.